

LA POLÍTICA DEL MIEDO. ANSIEDAD ECONÓMICA Y NACIONAL-POPULISMO EN EL BREXIT Y LAS ELECCIONES DE EE UU

Politics of terror. Economic and national-populism
anxiety in brexit and USA elections

Miguel Ángel Simón

Visiting Scholar en European Studies Center, University of Pittsburgh (EE UU)

El año 2016 pasará a la historia como el año del Brexit y de la victoria de Donald Trump en EE UU. Ambos fenómenos marcan sin duda un antes y un después en el que, hasta ahora, parecía el imparable empuje de la globalización y de la integración económica global. En este artículo revisamos ambos procesos a la luz de la teoría de los perdedores de la globalización. Mostraremos que existe un creciente descontento ante el desigual reparto del crecimiento que produce la globalización. Mostraremos, asimismo, que ese descontento va más allá de los llamados perdedores reales de la globalización. Señalaremos, finalmente, que ese sustrato es, junto a otras causas, lo que alimenta el ascenso del nacional-populismo en las democracias occidentales.

Palabras clave

Globalización, Nacional-populismo, *Brexit*, Elecciones EE UU

2016 will go down in history as the year of the Brexit referendum and the victory of Donald Trump in the USA. Both of them marks a before and an after in world history and in the, until now, unstoppable economic globalization and global integration process. In this article we deal with both processes in the light of the losers of globalization theory. We show that there is a rising unrest for the unequal distribution of globalization prosperity. We will show also that this unrest goes beyond the, so called, losers of globalization. Finally, we will show that this ground is, besides some other factors, what is nourishing the rising of national-populism in western democracies.

Palabras clave

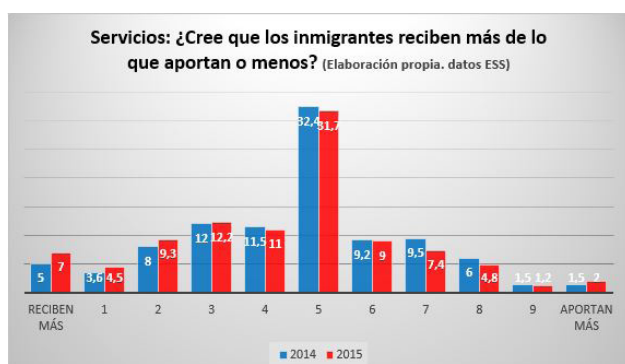
Globalization, National-populism, *Brexit*, USA elections

Entre las causas a las que se suele volver la vista para explicar el ascenso del nacional-populismo hay tres teorías destacadas: la teoría de los perdedores de la globalización, la del choque cultural y la teoría de la revuelta contra el *establishment*. Contrariamente a la presentación que se hace de ellas en algunos artículos, entendemos que en absoluto son fenómenos que se excluyen, más bien se retroalimentan y buena parte de ello tiene que ver con la propia afiliación partidista. Para un republicano seguidor de Trump o un seguidor del Front National de Le Pen, nada tiene de extraño asociar los problemas económicos, la inmigración y la traición de las elites dirigentes, al fin y al cabo el inmigrante es el rostro de la globalización en la puerta de al lado o en la misma oficina.

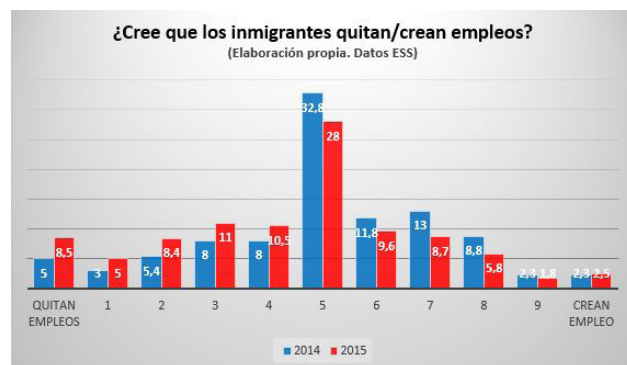
Es precisamente hacia donde apunta Yascha Mounk al señalar que «la psicología social ha demostrado que cuando a la gente le va bien económicamente, cuando se siente optimista sobre el futuro económico, es también más tolerante con otras razas, se alegra de que a otra gente también le vaya bien [...] todo este debate sobre si se trata de racismo o ansiedad económica creo que pierde el dibujo más amplio, esos dos problemas se alimentan mutuamente» (Mounk y Blyth, 2016).

Los datos apuntan en el mismo sentido. Entre los votantes del Brexit, por ejemplo, encontramos un 21% que declara que decidió su voto por factores económicos, otro 20% que menciona la inmigración como lo decisivo en su voto y un 17% que se refiere a la soberanía (Swales, 2016:13).

En cualquier caso, tomando solo el ejemplo de la inmigración, una parte de la opinión pública europea considera, como se puede ver en los siguientes gráficos, que claramente tiene un aspecto económico y conforma su opinión en función de ello.



El primero de los gráficos alude a lo que ya se ha dado en llamar «chovinismo del bienestar» (Schumacher, 2016; Norocel, 2016; Hjorth, 2016) y refleja la percepción de que existe una competencia económica por recursos sociales que cada vez son más



escasos. El segundo recoge esa misma percepción de competencia económica con los inmigrantes, pero por otro recurso importante: el trabajo. La evolución en el último año apuntada en los gráficos señala al reforzamiento del sustrato del que se alimenta el nacional-populismo, pero en este momento solo pretendemos poner de manifiesto que, aunque a efectos analíticos se trate de forma diferenciada las tres teorías sobre el ascenso nacional-populista, la realidad es que, lejos de ser incompatibles entre sí, conviven y se retroalimentan recíprocamente. Los líderes populistas lo saben bien y no dejan de sacar partido de ello. En una de sus intervenciones, Donald Trump sintetizaba perfectamente todos esos componentes: «Lo hemos visto en Reino Unido (con el Brexit), votaron para liberarse del gobierno global, de los acuerdos comerciales globales y de la inmigración global que han destruido su soberanía» (Lizza, 2016).

El año 2016 pasará a la historia como el año del Brexit y de la victoria de Donald Trump en EE UU. Ambos fenómenos marcan sin duda un antes y un después en la historia mundial, también, como veremos, en el que hasta ahora parecía imparable empuje de la globalización y de la integración económica global. Por la importancia de ambos fenómenos, ya disponemos de datos exhaustivos y, por ello, este análisis se centra en ambos países. Es evidente que hay enormes diferencias entre un referéndum y unas elecciones presidenciales, también que las diferencias entre países aconsejan abordar el estudio por separado. Todo eso es cierto, sin embargo, hay elementos estructurales que ayudan a explicar tanto el Brexit como la victoria de Trump o el ascenso del nacional-populismo. No entenderlo así, centrar todos los estudios en las particularidades nacionales, supondría asumir que el avance del nacional-populismo en prácticamente todas las economías avanzadas responde simplemente a una pura coincidencia.

Así pues, aunque en las siguientes páginas nos centraremos en una de esas teorías, la de los perdedores de la globalización en EE UU y Reino Unido, no hay que perder de vista lo evidente: entre los votantes de Trump, del Brexit, de Le Pen o de De Wil-

ders hay racistas supremacistas, hay trabajadores que sienten o temen los efectos de la globalización económica y hay también ciudadanos nostálgicos de un tiempo perdido. En numerosos casos, no en todos, esos elementos conviven en la misma persona; en todos los casos, esos elementos conviven en el discurso de los partidos nacional-populistas y ahí está la clave de su éxito.

De los perdedores de la globalización a la ansiedad económica

Era el mejor de los tiempos y era el peor de los tiempos; la edad de la sabiduría y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero nada teníamos; íbamos directamente al cielo y nos extraviábamos en el camino opuesto.

Quizás ese sea el párrafo más citado últimamente de las obras de Dickens, incluso hay reconocidos autores que han utilizado recientemente el mismo símil, y razones no faltan para ello. Las economías más avanzadas parecen revivir de nuevo la historia de dos ciudades: una, la de los que han sabido adaptarse a los imperativos de la globalización económica; otra, la de quienes han quedado atrás, la de sus víctimas.

Su historia ha sido repetida una y otra vez por los medios. Es la historia de Paula Heap y Joel Coe —señala *Der Spiegel*—, que viven a 6.400 km de distancia y ni tan siquiera se conocen entre ellos, pero comparten el mismo sentimiento de atropello. Ella votó por el Brexit y él por Trump. Ella vive en Preston, una ciudad del noroeste de Inglaterra que nunca se recuperó del declive de la industria textil. Él es un americano de la pequeña localidad de Red Boiling Springs, en el norte de Tennessee. Su fábrica de textiles, Racoe Inc., es la única que sigue abierta en su región. Ambos comparten el rechazo a una globalización que les ha quitado el control de su propia vida, a una inmigración que —así lo entienden ellos— desequilibra el mercado de trabajo y se aprovecha de los servicios sociales, y a una Unión Europea, añade Heap, que funciona como un «imperio» de burocracia, «capaz de regular mi tetera eléctrica pero no de crear la más mínima prosperidad» (*Der Spiegel*, 2016).

Es la historia que nos cuenta también el incremento de la producción académica y la atención mediática por la desigualdad y el reparto de la prosperidad. Pocas veces se han visto tantos libros de ciencias sociales en las listas de bestsellers, pero ahí está Piketty con su monumental *El capital en el*

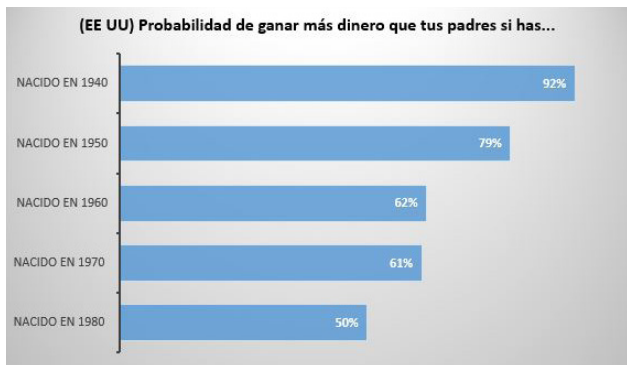
siglo XXI, ahí están Stiglitz y Krugmann, Wilkinson, Branko Milanovic, Tony Atkinson... Incluso en la institución que se convirtió en el máximo guardián de la ortodoxia neoliberal se abren brechas y varios economistas del Fondo Monetario Internacional cuestionan la eficacia de este modelo de globalización en lo que respecta al reparto del crecimiento, llegando incluso a plantear que la desigualdad que genera puede dañar la futura creación de riqueza (Ostry, Loungany, Furcery, 2016:2).

Es en ese tipo de argumentos en los que se basa lo esencial de la teoría de los perdedores de la globalización. Una teoría que, en su versión más sencilla, viene a decir que, con el triunfo del neoliberalismo, el consenso de Washington y la consolidación de una economía globalizada, la clase media se está viendo paulatinamente depauperada, mientras que la clase trabajadora pena por salir adelante. Ese terreno de desigualdad y frustración —continúa el argumento— es el sustrato en el que crecen el descontento y el ascenso de los populismos. Lo que tienen en común Trump y el Brexit sería así que parten de «una reacción directa a un profundo cambio estructural en el modo en el que se genera y se reparte la riqueza en nuestras sociedades. A menos que esa brecha estructural se cierre, los cimientos de nuestro orden político se tambalearán» (Muñiz, 2016).

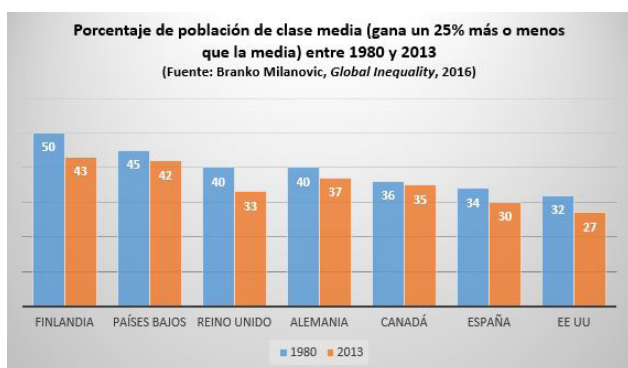
Efectivamente, los datos están ahí, se repiten de diferentes modos y son elocuentes. Desde el año 2000 el empleo en el sector de la fabricación y la manufactura ha caído en EE UU alrededor de un 30%, la mayor caída de todos los sectores económicos. Según la Oficina del Presupuesto de EE UU, entre 1979 y 2013, los ingresos del 1% que más gana crecieron un 188%, los del grupo de ingresos altos crecieron un 63%, mientras que los de la clase media y baja solo un 18% (Luhby, 2016). Según el censo de EE UU, una familia típica de clase media estadounidense gana, una vez ajustada la inflación, aproximadamente el mismo salario que en 1996, mientras que las 400 familias más ricas del país atesoran tanta riqueza como dos tercios de toda la sociedad estadounidense.

Una reciente investigación (Chetty, Grusky, Hell, Hendren, Manduca y Narang, 2016)¹ ha demostrado que, en EE UU, para cada generación, la probabilidad de tener más ingresos que sus padres se ha ido reduciendo continuamente y alguien que hoy tenga 36 años tiene prácticamente la mitad de probabilidad de ganar más que sus padres que las que tuvieron los nacidos en 1940 y un 12% menos que alguien de 56 años.

¹ Ver también: Dobbs, Madgavkar, Manyika, Woetzel, Bughin, E. Labaye y Kashyap, 2016.



Los datos más recientes aportados por Branko Milanovic apuntan en la misma dirección: la tasa de crecimiento anual del salario medio real, tras impuestos, entre 1979 y 2013 ha sido del 0,5%. Del 2000 al 2013 el crecimiento ha sido cero (Milanovic, 2016). Más importante aún a los efectos de este trabajo, entre 1980 y 2013 la clase media se ha reducido en todos los países de economías más avanzadas.

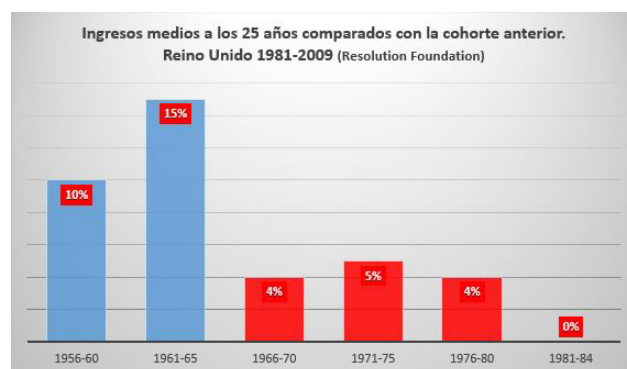


En 1931, en la primera gran crisis del siglo XX, el historiador James Truslow Adams acuñaba la fórmula de «el sueño americano» para referirse al «sueño de una tierra en la que la vida sería mejor, más rica y plena para todos». En esta primera gran crisis del siglo XXI es evidente que el sueño americano ya no habla de oportunidades para todos, sino del



privilegio de unos pocos, algo que la crisis ha acentuado en EE UU, pero también en la otra orilla del Atlántico.

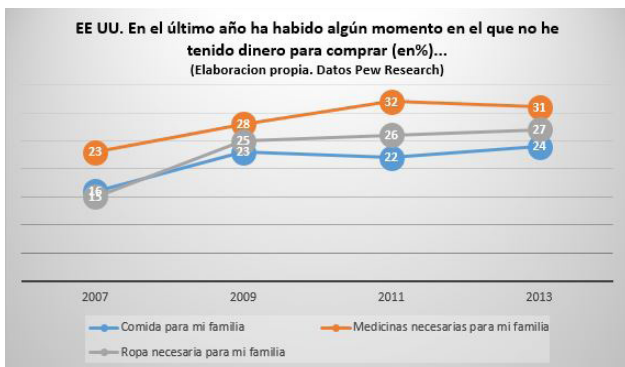
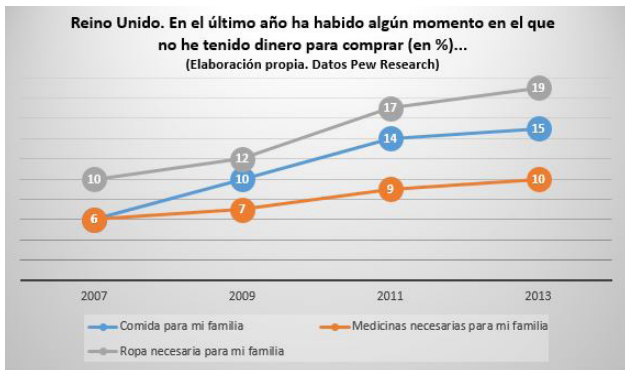
Los británicos que hoy tienen 27 años están ganando lo mismo que ganaban quienes tenían esa edad hace 25 años. Es más, un joven *millennial* ganará, de los 20 a los 30 años, 8.000 libras menos que los jóvenes de la generación precedente, la generación X. Pero no se trata solo de la crisis, «los *millennials* que tenían 25 años antes de la crisis ya estaban sufriendo el congelamiento de los salarios respecto a las cohortes precedentes» (Gardiner, 2016). La caída salarial o el estancamiento respecto a generaciones anteriores parte de mucho antes.



Los perdedores de la globalización ya no se encuentran solo en otros continentes ni en países atrasados, están en el primer mundo, están en las ciudades y pueblos que fueron industriales y ahora están llenos de esqueletos oxidados de viejas fábricas. Al Rust Belt de EE UU, bastión tradicional del Partido Demócrata que en esta ocasión ha votado mayoritariamente por Trump, le corresponden las Midlands y el norte de Inglaterra, las regiones más fuertemente golpeadas por la desindustrialización, donde se concentran las 28 ciudades con mayor porcentaje de zonas deprimidas (Coyle, 2016:23) y donde se ha impuesto el Brexit (Baldwin, 2016:5).

El seguimiento de datos de Pew Research Center nos da una idea aproximada de lo que eso supone para muchas familias en los dos países en los que nos centramos, en Reino Unido y EE UU.

Pero también hay otros datos. Son los que esgrimen los defensores de la globalización. Datos que muestran que la globalización económica ha producido una riqueza sin precedentes, desconocida en términos históricos. A nivel global, según datos del Banco Mundial, desde 1960 el producto interior bruto per cápita se ha multiplicado por 2,5 y las economías occidentales nunca han sido tan ricas como en este momento. EE UU recuperó el nivel anterior a la crisis en 2012 y hoy su PIB per cápita es diez veces más que en 1960 (Muñiz, 2016). La esperanza de



vida global ha aumentado en casi dos décadas. En un artículo reciente (Hellebrandt y Mauro, 2015), dos investigadores del Banco de Inglaterra y del FMI, Tomas Hellebrandt y Paolo Mauro, muestran el balance de la globalización en aumento de la prosperidad y descenso de la pobreza: entre 2003 y 2013, el nivel de ingresos del 10% más pobre a escala global ha pasado de 260 \$ a 480 \$, el ingreso medio casi se ha duplicado pasando desde los 1.100 \$ hasta los 2010 \$. Paralelamente, el porcentaje de población mundial que vive en la extrema pobreza ha caído del 25% en 2002 al 11% en 2013.

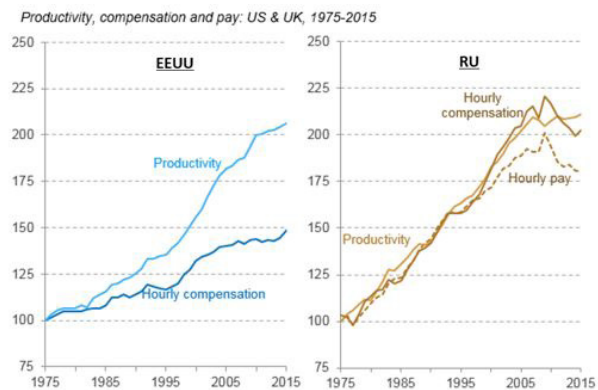
Y, sin embargo, nada de eso ha impedido que ambas orillas del Atlántico sufran un verdadero torbellino político en el que buena parte de los mensajes se han nutrido precisamente del temor a esa misma globalización. La causa no puede por tanto ser la falta de crecimiento económico, este existe, es más bien a los beneficios o a los beneficiados por el crecimiento, a «nuestra falta de habilidad para gobernar la prosperidad» (Muñiz, 2016), a donde debemos dirigir la mirada y eso es lo que hace la versión más compleja de esta teoría.

Piensa en un elefante

No se trata, se dirá en esta variante, tanto de un fallo en la capacidad de la globalización para generar riqueza como en su reparto y en los diferentes

efectos que genera en los diferentes países. Desde este punto de vista, el problema no es tanto de rendimiento económico como de visión política –sea por impotencia de los Estados nacionales o por convicción ideológica– para asegurar que todos los grupos sociales participen de esa prosperidad.

De hecho, son las mismas causas que generan esa prosperidad –señala Manuel Muñiz– las que provocan este nuevo malestar en la globalización. En concreto, es un histórico desajuste entre productividad y rentas del trabajo lo que está dejando atrás a millones de trabajadores. «Desde principios de los setenta hasta hoy la productividad en bienes y servicios ha aumentado casi en un 250% mientras que los salarios se han estancado (...) nuestra mayor herramienta redistributiva, la prosperidad que se filtra desde la productividad hacia los salarios, ha dejado de funcionar» (Muñiz, 2016).



T. Bell. Four Decades of Discontent..., *Resolution Foundation*, noviembre de 2016

Es la misma tendencia a la que apuntan numerosos autores, pero merece la pena detenerse en esta cita larga de Jacobs y Mazzucato donde se resume lo básico del argumento económico que sostiene la tesis de los perdedores de la globalización:

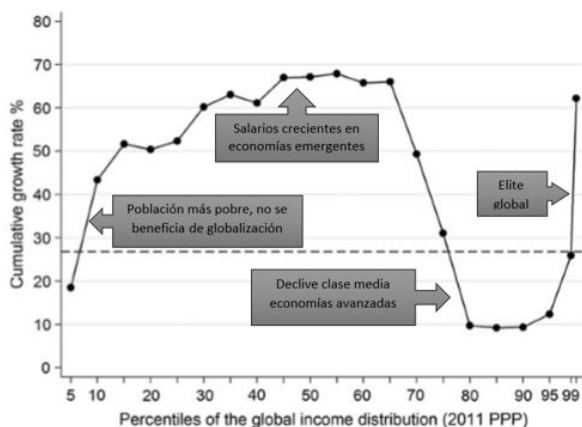
Que los votantes hayan elegido a Trump o el Brexit como la solución a sus problemas puede haber sido un shock para muchos, pero la desafección de muchos de esos votantes no debería serlo. En EE UU, los ingresos medios son básicamente los mismos hoy que hace un cuarto de siglo, aunque el PIB haya crecido casi un 80% en ese periodo. En Reino Unido, el fenómeno es más reciente: es desde la crisis financiera cuando el estancamiento de los salarios ha destacado realmente. Los salarios medios disponibles entre 2014-15 apenas alcanzan el nivel de 2007-08. Es más, en ninguna región de Reino Unido, excepto Londres y el Sudeste, han recuperado los niveles anteriores a la crisis. Al mismo tiempo, los ingresos del 1% más rico en ambos

países han seguido creciendo: en los tres primeros años de la recuperación en EE UU tras 2008, un extraordinario 91% del aumento de ingresos fue a parar a ese 1% más rico de la población (Jacobs y Mazzucato, 2016).

Ahí, señalan los defensores de esta tesis, está la raíz del mal. No tenemos un problema de productividad ni de generación de riqueza, tenemos un problema de reparto de esa riqueza y es precisamente eso lo que evidencia el mencionado «gráfico del elefante», cuya primera formulación procede de Branko Milanovic y Christoph Lakner (Lakner y Milanovic, 2015:1-30)² y sobre el que los defensores de la tesis de los perdedores de la globalización realizan la interpretación que se puede ver a continuación:

Gráfico original de Lakner y Milanovic con interpretación de la teoría de los perdedores de la globalización:

Global Growth Incidence Curve 1988–2008 (2011 PPP)



Lo que presenta este gráfico es la evolución de los salarios, a escala global, desde 1998 hasta 2008. Algunos sectores de población, quienes se encuentran en el 10% inferior, han llegado a aumentar sus salarios en un 40% respecto a los que se encontraban en esa misma posición en 1998. Los que más ganan en 2008 recibían un 60% más que el mismo grupo en 1998. El ingreso medio global creció un 80%. Pero el gráfico también muestra –y ahí está la clave de su éxito entre los teóricos de los perdedores de la globalización– que no todo el mundo se ha beneficiado de ese aumento de ingresos. De hecho, según ese gráfico, la clase media de las economías avanzadas, la trompa del elefante, ha sufrido especialmente los efectos de la competencia internacio-

² Ha sido posteriormente cuestionado por: Corlett (2016) y Freund (2016). La réplica de Lakner y Milanovic se puede encontrar en Lakner y Milanovic (2016).

nal y una desigual distribución de las ganancias de la globalización. En 2008 el grupo de población del percentil 80 –clase acomodada a escala global pero clase media en los países ricos– ha retrocedido en su nivel de ingresos en los últimos 20 años. Es eso lo que, según esta teoría, explica el ascenso del populismo entre amplios sectores de la clase media y trabajadora de esos países. Un proceso que afecta a la mayoría de las economías avanzadas pero que ha sido especialmente intenso en EE UU (Bui, 2016).

No se trata de negar los efectos de la globalización entre las economías en desarrollo, sino de poner el foco en sus efectos en las economías más desarrolladas, porque es ahí donde crece el populismo. Tampoco se trata solo del elemento coyuntural de la crisis, como muestran Milanovic o Piketty, es un proceso que procede de muy atrás. Un proceso que, eso sí, la crisis ha podido acentuar. «Más del 80% de los hogares de EE UU han visto que sus salarios se estancaban o se reducían en el periodo 2009-2016. Lo mismo ocurre con el 90% de los hogares en Italia y el 70% en Reino Unido. La congelación de los ingresos combinada con un crecimiento económico rápido produce desigualdad. EE UU es hoy más desigual que en los últimos cien años y hay que retroceder hasta la mitad del siglo XIX para encontrar un nivel de desigualdad similar en Reino Unido» (Muñiz, 2016).

Ante lo que estamos es ante la proletarianización de una clase media que llegó a incorporar a la propia clase trabajadora en las economías más avanzadas. Esos millones de ignorados por la globalización empiezan a constituir una nueva clase política acosada por la frustración que se manifiesta en el voto del descontento, el voto proteccionista, el voto nacional-populista.

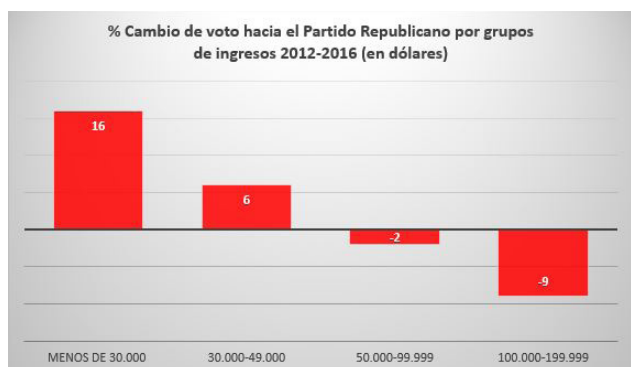
Hasta ahí la teoría de los perdedores de la globalización. Una teoría que tiene un enorme predicamento pero que también presenta algunas fallas. La más importante, el vínculo de causalidad que esta teoría establece. Lo que sabemos es que la clase trabajadora de las economías más avanzadas está sufriendo, especialmente en sus salarios, los efectos de la globalización y que, en ese periodo de tiempo, se ha producido un ascenso del nacional-populismo en esos mismos países. La teoría de que los perdedores de la globalización establece una causalidad entre ambos fenómenos, pero eso es algo que no es evidente. De hecho, varios trabajos han mostrado que los votantes del Brexit (Darvas, 2016), así como los votantes de Trump, no coinciden exactamente con el dibujo de clase trabajadora depauperada que podríamos anticipar y a la que apunta la teoría de los perdedores de la globalización.

Inmediatamente tras las elecciones, en EE UU empezaron a circular por internet gráficos y tablas que señalaban que la mayor parte del voto a Trump

no se daba entre la clase trabajadora, la que más habría sufrido el impacto de la globalización económica, sino entre quienes recibían mejores salarios y que ese hecho invalida la teoría de los perdedores de la globalización.



Sin embargo, la imagen que refleja este gráfico es engañosa. Es cierto que, como es habitual en la mayoría de los países respecto a los partidos de izquierda, los grupos de menos ingresos siguen votando mayoritariamente demócrata en EE UU, pero para tener un cuadro completo de la realidad no basta con observar el resultado de las últimas elecciones y, si alzamos nuestra mirada a convocatorias anteriores, lo que nos encontramos es un panorama muy distinto (Bell, 2016 A).



Así pues, aunque sigue siendo cierto que la mayor parte de los votantes con menos ingresos mantiene su fidelidad al Partido Demócrata, también lo es que se ha producido el trasvase de un porcentaje importante de anteriores votantes demócratas de bajos ingresos hacia el Partido Republicano y su candidato, Donald Trump. El análisis territorial de los resultados postelectorales parece apuntalar esa observación: los condados con menor crecimiento industrial desde 2012, por ejemplo, tienen más probabilidad de apoyar a Trump; lo mismo ocurre para lugares con un salario medio más bajo entre los tra-

bajadores a tiempo completo (Kolko, 2016). Del mismo modo, 89 de los 100 municipios más afectados por la globalización y la competencia internacional declaraban mayoritariamente su intención de votar a Trump (Davis y Hilsenrath, 2016).

Algo similar encontramos en Reino Unido tras el referéndum del Brexit. Los datos indican que la proporción de votantes partidarios del *leave* fue mayor en la zona de las Midlands y el norte de Inglaterra, donde la desindustrialización ha golpeado con más fuerza y los salarios medios se han estancado. Existe una fuerte correlación entre los municipios con mayores salarios medios y el voto por la permanencia (Coyle, 2016:23).

En resumen, «tanto en el Reino Unido como en EE UU, mucha gente en zonas acomodadas y de altos salarios votaron por el movimiento insurgente. Pero caben pocas dudas de que en Michigan y Merthyr Tydfil, en Carolina del Sur y Sunderland la desafección de la gente que tiene bajos salarios medios decidió el resultado» (Jacobs y Mazzucato, 2016).

Podría extraerse de ello la conclusión de que, efectivamente, los perdedores de la globalización están abandonando las filas de los partidos de izquierda y pasándose al nacional-populismo, no mayoritariamente pero sí en un porcentaje suficiente como para inclinar la balanza, pero tampoco es tan sencillo como parece.

Un detallado trabajo de J. Rothwell y Pablo D. Rosell para *Gallup* nos permite entrar más en el detalle de esos votantes. En ese trabajo, los autores desagregaron el voto a Trump por distritos y compararon esos datos con otro tipo de variables que incluían desde la edad y el género hasta el padecimiento de enfermedades, etnia, religión, nivel educativo, empleo y nivel de ingresos. Lo que los resultados mostraron es que los votantes de Trump tienen ingresos superiores a la media y no tienen grandes problemas laborales, pero –y esto es lo decisivo– viven en distritos y poblaciones en los que sí se sienten los efectos perversos de la globalización económica. Dicho de otro modo: los votantes de Trump tienden a tener más ingresos que la media en su propia comunidad, pero son votantes que viven en zonas en las que está extendido el temor de que sus hijos van a vivir peor que sus padres (Rothwell y Rosell, 2016). Es cierto, como muestran numerosas encuestas, que es una población con un nivel de estudios bajo y mayoritariamente sin título universitario, también comparten el hecho de tener ocupaciones «de cuello azul», pero, entre los votantes a Trump, no se encuentran quienes han sido relegados a los márgenes de la economía y la sociedad por la globalización (Silver, 2016), no están sufriendo en primera persona los efectos del declive de un sector económico, pero sí viven en lugares en los que se padece ese declive y en los que hay menos oportunidades.

Una encuesta realizada por *The Washington Post* y ABC (Ehrenfreund y Clement, 2016) también apunta a un resultado parecido: no parece haber una conexión determinante entre pérdida de ingresos y apoyo a Trump. Sin embargo, cuando se les preguntaba si «sienten que están luchando para mantener su nivel de vida o si se sentían cómodos con su situación», aquellos que sentían su nivel de vida amenazado era más probable que apoyasen a Trump y ahí —no en la situación objetiva, sino en la amenaza sentida— es donde está la clave:

La ansiedad económica es sobre el futuro, no sobre el presente. Trump ganó a Clinton en condados donde hay más empleos en riesgo por la tecnología o la globalización. En concreto, en condados con más trabajos «rutinarios», aquellos que es más fácil automatizar o que corren más riesgo de ser deslocalizados, hubo más voto a Trump [...] es claro que los lugares que votaron a Trump se encuentran bajo una gran tensión económica y los lugares que se inclinaron más hacia Trump son aquellos en los que los trabajos se encuentran más amenazados. Muy importante, el atractivo de Trump era mayor en lugares en los que la gente estaba más preocupada por lo que el futuro puede suponer para sus empleos, incluso aunque no se trate de lugares en los que las condiciones económicas son peores en la actualidad (Kolko, 2016).

No disponemos de un estudio similar para el caso británico, pero son numerosos los trabajos que apuntan que, aunque sea cierto que el elemento decisivo —el que supuso un cambio no previsto— pudo ser la caída de voto favorable a la UE en los centros industriales tradicionalmente laboristas, la mayor parte del voto por el Brexit se encuentra entre una clase media que se siente económica y/o culturalmente amenazada como consecuencia de la globalización en sus diferentes aspectos.

En todo caso, la opción del Brexit se extendió por todos los territorios de Inglaterra y Gales y tuvo una especial incidencia (excepto en el caso de Londres) en el económicamente más acomodado sur (BBC, 2016). Así, según una encuesta de lord Ashcroft Polls (Ashcroft Polls, 2016), el 52% del voto Brexit se encuentra en el sur del país, no en las áreas desindustrializadas del norte. «Es más, la mayoría de los que votaron *leave* son clase media» (Williams, 2016). El voto *leave* fue numeroso entre los que menos tienen, «pero no se limitó en absoluto a ese grupo, la gente que inclinó la balanza se encuentra entre la clase acomodada del sur» (Williams, 2016). Si atendemos a la clasificación NRS (*National Readership Survey*), que divide a la población según la clase social³, y según los datos aportados por lord Ashcroft Polls (As-

hcroft Polls, 2016), el 59% de todos los votantes del *leave* son clase media, de ellos un 34% son de las clases A y B (media alta y media) y solo un 17% de los votantes *leave* son C2 (clase trabajadora cualificada). Según el análisis de NatCen, «está claro que el voto *leave* estuvo más concentrado en aquellos con menos recursos económicos. Sin embargo, para ganar el referéndum, el voto a la salida de la UE movilizó una base de apoyo mucho más amplia. Al menos la mitad de aquellos que declaraban que "las cosas les van bien" financieramente votaron *leave*, también casi el 40% de quienes se autodefinen como clase media» (Swales, 2016:7). En el detalle de esos mismos datos se puede ver, y esto es lo más significativo, que efectivamente hay más concentración de voto Brexit entre quienes menos tienen, superando el 60%, pero ese grupo solo supone el 12% de la población. También supera el 50% el porcentaje de voto entre quienes ganan hasta 2.200 libras al mes (57% votó *leave*) y lo mismo ocurre entre quienes ganan entre 2.201 y 3.700 (51% votó *leave*). Es cierto que, del 25% de la población que suponen las clases medias liberales, solo un 8% voto *leave*, pero entre la clase acomodada euroescéptica, que supone el 23% de la población, un 75% votó *leave*; entre la vieja clase trabajadora (16% de la población) un 73% votó *leave* (Swales, 2016: 25). Así pues, en el voto *leave*, aunque la diferencia y la sorpresa la marcó el voto de quienes menos tienen —los *left behind*—, el mayor peso del resultado viene determinado por la clase media y la vieja clase trabajadora. Como ha señalado algún experto, todo ese grupo que configura «un voto de clase media inglesa» (Dorling, 2016) que, como veremos en el siguiente epígrafe, se muestra especialmente temerosa ante los cambios económicos y sociales que supone la globalización.

Es al mismo resultado al que apunta un reciente estudio de Pew Research para EE UU que muestra, estudiando varias zonas de clase media en EE UU, que «Trump mantuvo con éxito las 27 áreas de clase media ganadas por los republicanos en 2008. Sin embargo, en un dramático desplazamiento, Hillary Clinton perdió 18 de las 30 zonas de clase media ganadas por los demócratas en 2008 [...]. Muchas de esas comunidades están en el medio oeste y el noroeste. En muchas de ellas la caída de votos alcanzó los dobles dígitos mientras que la media de caída nacional fue de 5 puntos» (Pew, 2016).

Opinión pública y globalización. En el sustrato del nacional-populismo

Así pues, atendiendo a los resultados, ante lo que estamos sería ante un caso extremo o agudo del «efecto vecindario» (Taylor, 2002) y claramente de

³ A: clase media alta. B: clase media. C1: clase media baja. C2: clase trabajadora cualificada. D: clase trabajadora. E: no trabaja.

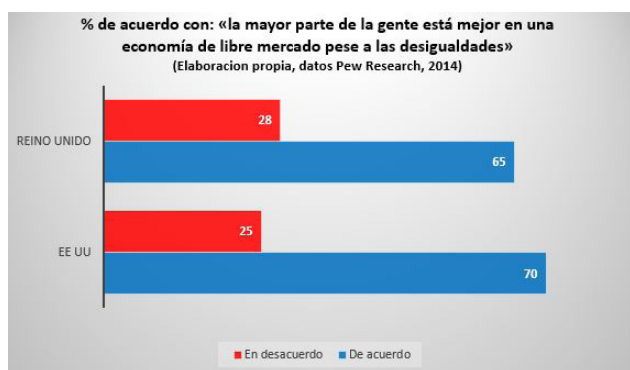
un temor al futuro, de un miedo anticipado. No se trataría tanto, o no solo, de los perdedores de la globalización como de la ansiedad ante la globalización, no serían tanto las consecuencias personales o familiares de la globalización como el temor a verte afectado por esas consecuencias tú mismo o tu familia. No sería tanto la realidad como el miedo a esa realidad lo que está llevando a amplias capas de la clase media y trabajadora a votar a partidos nacional-populistas. Y eso es lo que, como señaló algún observador, pudo inclinar la balanza para los *blue collar*, porque mientras que «los demócratas proclaman que la economía iba bien y que aún éramos el mejor país del mundo, ellos empezaron a escuchar a Trump, que les decía aquello que ellos veían, que estamos en decadencia» (Simic, 2016).

Y si pasamos del ámbito de las teorías explicativas al terreno de las percepciones, que, finalmente, es el que decide el voto, lo que veremos es que efectivamente existe un retroceso en la valoración de la globalización y de la libertad de comercio asociada a ella. Un retroceso que explica, sin duda entre otros factores, el éxito que el discurso del nacional-populismo está teniendo entre quienes sienten su posición socioeconómica amenazada.

Es hacia esas percepciones hacia donde apunta Laura Gardiner en el último informe de la Resolution Foundation (Gardiner, 2016): lo importante no es tanto si ha aumentado mucho o poco la desigualdad desde los años ochenta, es el descenso del ritmo de crecimiento general o el estancamiento lo que genera la percepción de ese aumento de desigualdad, de falta de oportunidades, de un futuro incierto. Las cosas ya no son, en definitiva, como eran y esa es la clave del problema.

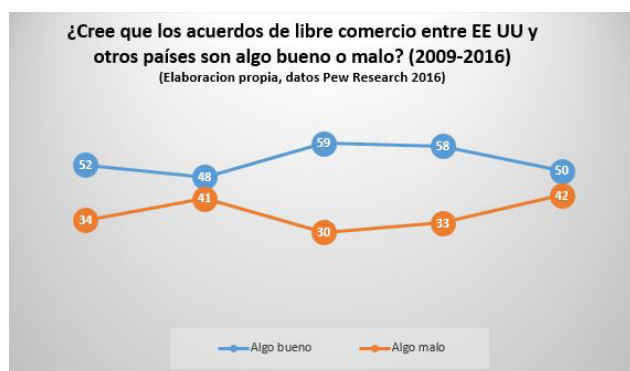
Centrándonos en Reino Unido y EE UU, lo primero que hay que señalar es que respecto a la economía de libre mercado las preferencias son claras: una nítida mayoría sigue prefiriendo ese modelo, aunque hay diferencias entre ambos países (Pew, 2016-2).

Son datos claros, pero lo cierto es que tras esa aplastante mayoría se oculta que ha habido un descenso desde los años anteriores a la crisis en el porcentaje de población que está de acuerdo en vivir

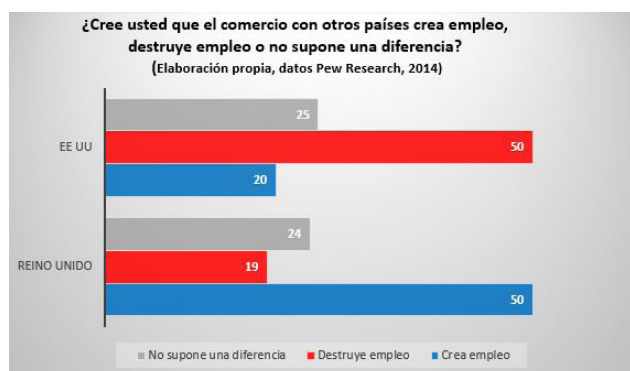


en una economía de libre mercado pese a las desigualdades. En 2007 ese porcentaje en EE UU era del 75%, 5 puntos más, mientras que en el Reino Unido era del 72%, 7 puntos más. Importante mayoría, sin duda, pero con un claro descenso desde el inicio de la crisis.

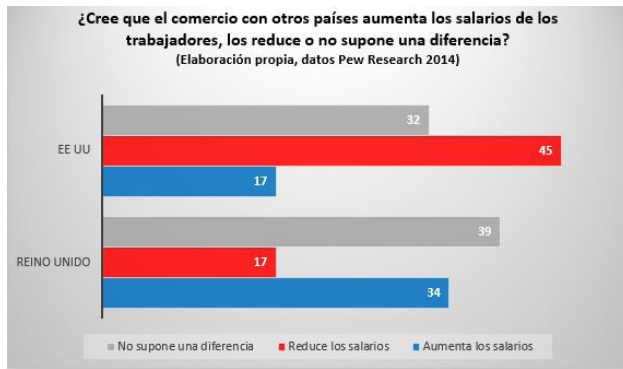
En la misma línea de retroceso en la valoración de la estructura económica internacional, en EE UU la opinión negativa sobre los acuerdos para aumentar la libertad de comercio con otros países ha caído ocho puntos desde los inicios de la crisis (Pew, 2016).



Entre las razones de esa opinión, ocupa un lugar destacado la valoración de cómo afecta el comercio internacional al empleo y a los salarios. Pero, en esos apartados, hay diferencias entre ambos países. En EE UU es mayoritaria la opinión de que el comercio internacional destruye empleos; en Reino Unido, al contrario, predomina, en el mismo porcentaje (50%), la opinión de que el comercio internacional crea empleo (Pew, 2016).



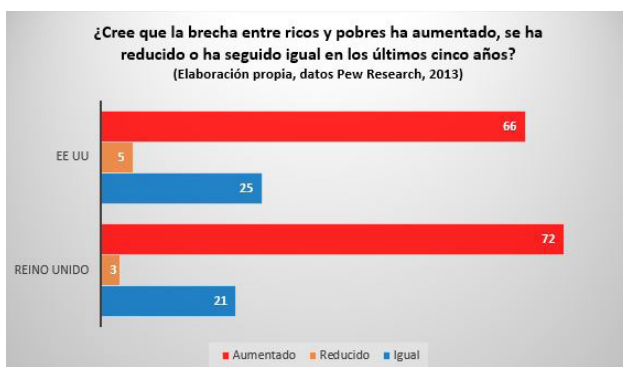
Del mismo modo, una clara mayoría de los estadounidenses considera que el comercio internacional reduce los salarios de los trabajadores mientras que en Reino Unido una mayoría considera que no supone una diferencia, un 34% entiende que el comercio internacional sube los salarios y solo un 17% entiende que los baja (Pew, 2016).



Es una diferencia que se traslada al interior de los propios partidos. Entre los votantes de Trump, un 65% cree que los acuerdos de libre comercio son algo que daña los salarios y la creación de empleo, entre los votantes de UKIP ese porcentaje desciende hasta un 38%. Si, en lugar de centrarnos en el UKIP, preguntamos por la globalización, comprobaremos que, según datos de lord Ashcroft Polls, un 69% de los británicos que piensan que la globalización es algo malo votaron a favor del Brexit.

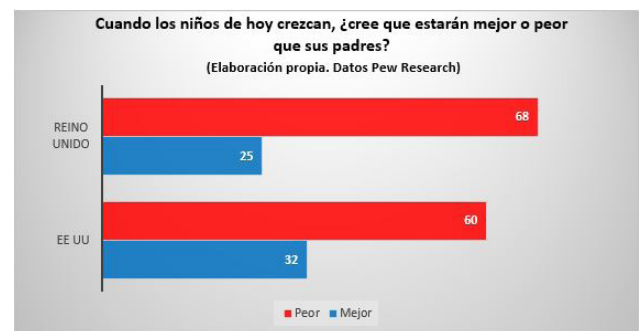
En todo caso, como se puede ver en los gráficos, la diferente valoración de los acuerdos comerciales entre ambos países es evidente. Esa diferencia ayuda a entender algo que distinguió la campaña del Brexit frente a la de Donald Trump: la insistencia de este en romper con los acuerdos comerciales que vinculan a EE UU con el resto de regiones del planeta –desde el NAFTA hasta los acuerdos que se estaban negociando con la UE y con la región del Pacífico– mientras que un mensaje repetido de los líderes del Brexit apuntaba, al contrario, que la salida de la UE no supondría un quebranto para su comercio internacional, que las relaciones comerciales con la UE se mantendrían y que el Reino Unido dispondría incluso de más libertad para firmar nuevos acuerdos con otros países y regiones.

Sea cual sea su opinión sobre las virtudes del comercio internacional, existe una percepción clara, tanto en EE UU como en Reino Unido, de que, tal y como vimos más arriba, la brecha de la desigualdad entre ricos y pobres está aumentando (Pew, 2016).



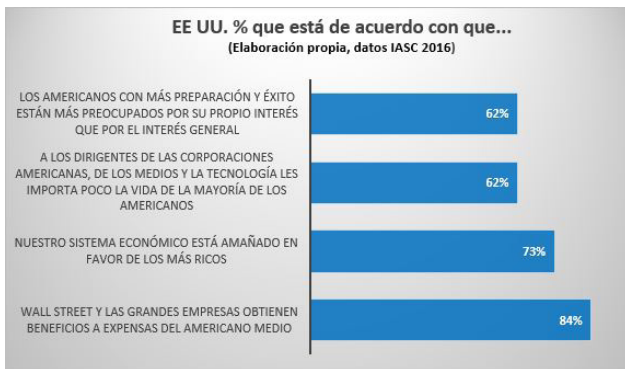
Entre una lista de cinco problemas globales planteada por Pew Research⁴, tanto en Reino Unido como en EE UU, el aumento de la desigualdad entre ricos y pobres ocupa la segunda posición, solo detrás del aumento del odio étnico o religioso. Pero mientras que, entre 2007 y 2014, el primero ha bajado, el segundo ha subido considerablemente, pasando del 14 al 25% en Reino Unido y del 17 al 27% en EE UU. Y ya son mayoría (un 57%) quienes perciben que se están quedando «cada vez más atrás económicamente» (Quinnipiac, 2016).

Es más, de un modo que encaja con los datos que hemos visto en epígrafes anteriores, la opinión mayoritaria es que las próximas generaciones tienen ante sí menos posibilidades de progresar que sus padres. Preguntados literalmente si creen que cuando quienes hoy son niños sean adultos estarán mejor o peor que sus padres (Pew, 2016), un 60% de los encuestados en EE UU y un 68% en Reino Unido creen que estarán peor. Son valores que se han mantenido constantes en los últimos años, tras el inicio de la crisis.



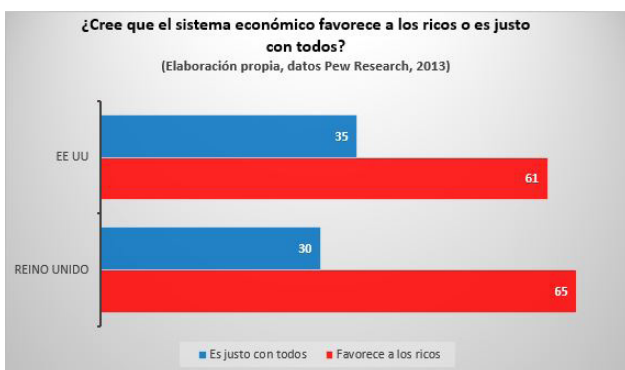
También hay una clara coincidencia sobre las causas de todo ello. Un estudio realizado por CNN señalaba que el 71% de los americanos cree que la economía está «amañada» en beneficio de los que más tienen (CNN, 2016). La misma pregunta realizada por el Institute for Advanced Studies in Culture sube algo la cifra, hasta el 73%. En ese mismo estudio del IASC (Hunter y Desportes, 2016), se observa que una mayoría de estadounidenses considera que a los líderes de las corporaciones, los medios, las universidades y la tecnología les importa poco la vida de la mayoría de los americanos (62%), que quienes tienen más éxito están más preocupados por su propio interés que por el interés general (62%) y que Wall Street y las grandes empresas obtienen beneficios a expensas del americano medio (84%).

⁴ Odio religioso y étnico, crecimiento del armamento nuclear, sida y otras enfermedades infecciosas, contaminación y otros problemas ambientales, crecimiento de la brecha entre ricos y pobres.



En la misma línea, una encuesta de 2015 para *CBS News / New York Times* ponía de manifiesto que solo un 35% de los estadounidenses estaba de acuerdo en que «todo el mundo tiene una oportunidad justa» de salir adelante en la economía de hoy (Hunter y Desportes, 2016).

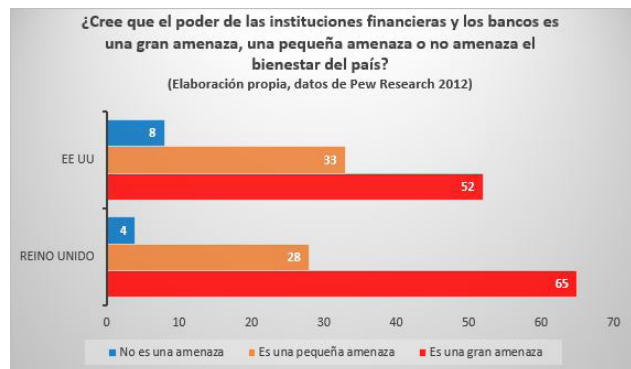
Es una opinión compartida a ambos lados del Atlántico. Una clara mayoría de los encuestados por Pew Research –superior al 60%– considera, tanto en EE UU como en Reino Unido, que el sistema económico favorece a los ricos y que no es justo con la mayoría de los ciudadanos (Pew, 2013).



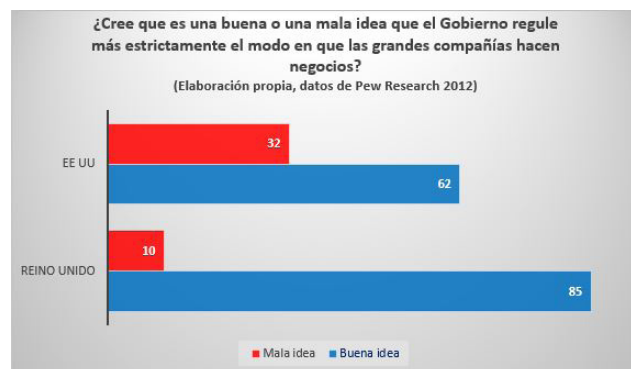
Así pues, la mayor parte de los ciudadanos, tanto de EE UU como de Reino Unido, cree que la economía está amañada en favor de una élite que solo piensa en su propio beneficio particular a expensas del interés general y del ciudadano medio. En coherencia con ello, lo que se observa es una enorme desconfianza sobre el poder del que disfrutaban las grandes empresas, los bancos y las instituciones financieras.

En el año 2007, un año antes de la crisis, un 43% de los británicos consideraba que la influencia de las empresas extranjeras era algo bueno (Pew, 2002-07). En 2012, tras varios años de crisis, ese mismo porcentaje (un 43%) culpa de «los actuales problemas económicos» a «los bancos y las grandes instituciones financieras» (Pew, 2010-12). El cambio

es mayúsculo si tenemos en cuenta que, en la primera pregunta, la mayoría confiaba incluso en «las empresas extranjeras» mientras que en la segunda esa mayoría desconfía de todas ellas, sean extranjeras o nacionales. Tanto en Reino Unido como en EE UU, las grandes instituciones financieras y los grandes bancos son considerados mayoritariamente una gran amenaza para el bienestar del país (Pew, 2012).



El siguiente paso natural, en coherencia con lo anterior, es cuestionar otro de los grandes pilares de la globalización económica y del libre mercado tal y como se ha venido practicando al menos desde los años noventa y el Consenso de Washington. Tras la mayor crisis en 75 años, una mayoría de los encuestados cree que es una buena idea que el Gobierno regule el modo en que las grandes compañías y los bancos hacen negocios (Pew, 2010).



Y, último paso, frente a la agenda económica internacional y la filosofía del globalismo, la población acaba inclinándose –en el caso de que sea necesario proteger la economía nacional o, lo que es lo mismo, en tiempos de dificultades– hacia el proteccionismo económico. Como se ve en el siguiente gráfico, una amplia mayoría de la población de ambos países considera que el Gobierno debería dar pasos para proteger a la economía nacional incluso ante la oposición de países amigos (Pew, 2009).



Ante lo que estamos, tal y como vimos más arriba, es ante un repliegue doméstico, un repliegue proteccionista o un crecimiento del viejo nacionalismo económico como consecuencia del cuestionamiento de unas condiciones económicas y sociales que, durante mucho tiempo, se dieron por seguras. El «sueño americano» o la idea de que si te esfuerzas y trabajas duro podrás salir adelante está en entredicho. A comienzos de 2016, una encuesta de NBC / The Squire preguntaba expresamente por ello, y el resultado fue que el 52% de los estadounidenses creían que la idea del sueño americano de que «si trabajas duro, saldrás adelante» fue verdad en otro tiempo pero ya no lo es (NBC, 2016).

Conclusión

Durante décadas, la globalización se ha considerado un fenómeno imparable al que correspondía la integración económica y, en algunos casos como la UE, política. En este artículo hemos visto que esa misma globalización se encuentra, al menos en parte, entre las explicaciones del resurgimiento actual del nacionalismo en los países de las economías más avanzadas. Hemos comprobado que no se trata de un fracaso económico de la globalización, ya que esta está produciendo crecimiento, sino del reparto —y esto afecta más a decisiones políticas— de los beneficios de esa globalización y de sus efectos entre una clase media y trabajadora que ve recortadas o siente peligrar las posiciones sociales y económicas alcanzadas durante décadas.

Hemos visto también que, entre las causas objetivas del descontento con la globalización, al menos en EE UU y Reino Unido, tiene un papel importante la pauperización de la clase trabajadora, pero que no se trata solo de algo que afecte a los trabajadores «de cuello azul». En el centro mismo de la revuelta contra la globalización se encuentra una clase media a la que, durante décadas, perteneció incluso la vieja clase trabajadora, con sueldo y empleos estables y servicios sociales garantizados, y

que ahora ve peligrar las posiciones adquiridas.

No se trata, por tanto, solo de «los perdedores de la globalización». En una versión actualizada del viejo teorema de Thoma: lo que los humanos definimos como real es real en sus consecuencias y para buena parte de la clase media europea o estadounidense su realidad subjetiva es la de un deterioro social claro, aunque no se haya traducido en sus empleos ni en sus salarios reales.

En ese río revuelto de la incertidumbre y el temor, triunfan quienes saben pescar con el cebo de las seguridades: la de un pueblo puro, homogéneo e infalible frente a las élites depredadoras; la de las fronteras impermeables y los muros infranqueables, capaces no solo de detener el cambio, sino de devolvernos a esa edad dorada en la que todos éramos parecidos y vivíamos tranquilos; la del proteccionismo económico que va a devolver a Pensilvania el acero que se marchó a China hace 25 años; la de la mano dura frente a las amenazas de dentro y de fuera, el cirujano de hierro que garantizará a nuestro país y nuestra buena gente la seguridad y la prosperidad perdidas.

En la mitad del convulso siglo XIX, Heinrich Heine escribió que la misma burguesía que supo poner en pie el estado constitucional se apresuraba a abandonarlo. Que había en ella una pasión mayor que la de la libertad: el miedo a un cambio —en aquel momento era el ascenso de la clase trabajadora— que cuestionaba su mundo ordenado y tranquilo. Y que, para eliminar ese miedo, estaban dispuestos a todo, incluso a abandonar la libertad constitucional que tanto lucharon por crear (Mulholland, 2012:1). Durante décadas, los países occidentales se han construido como enormes naciones de clase media, tanto es así que, como señala Joan C. Williams (Williams, 2016), esta ha llegado a fundirse con la sociedad en su conjunto, incluida la clase trabajadora. Hoy esa sociedad de clase media siente miedo, queda por ver hasta dónde está dispuesta a llegar para eliminarlo.

Referencias

- Ashcroft Polls, L. (2016), *How the United Kingdom voted on Thursday... and why*, 24 de junio.
- Baldwin, R. E. (2016), «Introduction», en Richard E. Baldwin (2016), *Brexit Beckons: Thinking ahead by leading economists*, CEPR Press.
- BBC edit (2016), *EU referendum: The result in maps and charts*, 24 de junio.
- Bell, T. (2016 A), «Four Decades of Discontent...», *Resolution Foundation*, noviembre.
- (2016 B), «The invisible economic catastrophe that Donald Trump spotted», *New Statesman*, 10 de noviembre.
- (2016 C), «Elephants, globalisation, and why we shouldn't let domestic policy makers off the hook on

- living standards», *Resolution Foundation*, 13 de septiembre.
- Bui, Q. (2016), «The Geography of US Inequality», *The Upshot-NYT*, 6 de septiembre.
- Censo de EE UU, Cr en «The middle-class American family saw the largest income boost on record last year», *Quarz*, 13 de septiembre de 2016.
- Chetty, R., Grusky, D., Hell, M., Hendren, N., Manduca, y R. Narang, J. (2016) «The Fading American Dream: Trends in Absolute Income Mobility Since 1940», *The Equality of Opportunity Project*.
- Corlett, A. (2016), «Examining an elephant: globalisation and the lower middle class of the rich world», *Resolution Foundation Papers*, 13 de diciembre.
- Coyle, D. (2016), «Brexit and Globalization», en Richard E. Baldwin (2016), *Brexit Beckons: Thinking ahead by leading economists*, CEPR Press, pp. 23-29.
- Darvas, Z. (2016), «High Inequality and Poverty Helped Trigger the Brexit Protest Vote», *LSE documents*, noviembre.
- Davis, B. y Hilsenrath, J. (2016), «How the China Shock, Deep and Swift, Spurred the Rise of Trump», *The Wall Street Journal*, 11 de agosto.
- Dobbs, Madgavkar, R. A., Manyika, J., Woetzel J., Bughin, J., Labave, E. y Kashyap, P. (2016), «*Poorer than their parents? A new perspective on income inequality*», McKinsey & Company.
- Dorling, D. (2016), «Talking about Brexit», *BBC Newsnight*, 29 de septiembre.
- Ehrenfreund, M. y Clement, S. (2016), «Economic and racial anxiety: Two separate forces driving support for Donald Trump», *The Washington Post*, 22 de marzo.
- Freund, C. (2016), «Deconstructing Branko Milanovic's Elephant Chart: Does It Show What Everyone Thinks?», *Peterson Institute for International Economics*, 30 de noviembre.
- Gardiner, L. (2016), «Stagnation generation», *Resolution Foundation Report*, julio.
- Hellebrandt, T. y Mauro, P. (2015), «The Future of Worldwide Income Distribution», *Peterson Institute for International Economics*, Working Paper 15-7, 1 de abril.
- Hjorth, F. (2016) «Who benefits? Welfare chauvinism and national stereotypes», *European Union Politics* Vol. 17 (1), 3-24.
- Hunter, J. D. y Desportes, C. (2016), *The Vanishing Center Of American Democracy. Survey of American Political Culture*, IASC, 2016.
- Jacobs, M. y Mazzucato, M. (2016), *The Brexit-Trump Syndrome*, LSE Papers, noviembre.
- Kolko, J. (2016), «Trump Was Stronger Where The Economy Is Weaker», *Five Thirty Eight*, 10 de noviembre.
- Lakner, C. y Milanovic, B. (2015), «Global Income Distribution: from the Fall of the Berlin Wall to the Great Recession», *The World Bank Economic Review*, agosto, pp. 1-30.
- (2016), «Response to Adam Corlett's "Examining an elephant: globalisation and the lower middle class of the rich world"», CUNY, GC Paper, septiembre.
- Lizza, R. (2016), «Steve Bannon's Vision for the Trump Coalition After Election Day», *The New Yorker*, 16 de octubre.
- Long, H., «71% of Americans believe economy is "rigged"», *CNN*, junio.
- Luhby, T. (2016), «Top 1% see incomes soar 188%. Everyone else ... not so much», *CNN*, 9 de julio. <http://money.cnn.com/2016/06/08/news/economy/top-1-income/>
- Milanovic, B. (2016), *Global Inequality*, Harvard University Press.
- Mishell, L., Gould, E. y Bivens, J. (2015), *Wage Stagnation in Nine Charts*, Economic Policy Institute, enero.
- Mounk, Y. en conversación con Blyth, M. (2016), «The Rise of the Global far Right», *WNYC*, 30 de noviembre.
- Mulholland, M. (2012), *Bourgeois Liberty and the Politics of Fear*, Oxford University Press.
- Muñiz, M. (2016), «Populism and the Need for a New Social Contract», *Social Europe*, 11 de octubre.
- NBC/The Squire, *American Rage: News Survey*, 3 de enero de 2016.
- Norocel, O. y C. (2016), «Populist radical right protectors of the folkhem: Welfare chauvinism...», *Critical Social Policy*, vol. 36 (3): 371-390, 2016.
- Ostry, J. D., Loungany, P., Furcery, D. (2016), «Neoliberalism: Oversold?», *Finance and Development*, junio de 2016, vol. 53, 2.
- Pew Research (2016), *Gop gained ground in middle-class communities in 2016*. -(2002-16), *Global Attitudes*.
- Piketty, T., Saez, E. y Zucman, G. (2016), «Economic growth in the United States: A tale of two countries», *Washington Center for Equitable Growth*, 6 de diciembre.
- Quinnipiac, C. University Poll (2016), *Deep Dissatisfaction Among US Voters*, abril.
- Rothwell, J. y Rosell, P. D. (2016), «Explaining Nationalist Political Views, The Case of Donald Trump», *Gallup-SSRN*, 2 de noviembre.
- Schumacher, G. y Kersbergen, K. (2016) «Do mainstream parties adapt to the welfare chauvinism of populist parties?», *Party Politics*, vol. 22 (3), pp. 300-312.
- Silver, N. (2016), «The Mythology Of Trump's Working Class' Support», *FiveThirtyEight*, 3 de mayo.
- Simic, C. (2016), «Expandable America», *NYRB*, 19 de noviembre.
- Spiegel (2016), «The era of Angry Voter is Upon Us», 6 de julio.
- Swales, K. (2016), *Understanding the Leave Vote*, NatCen.
- Taylor, P. (2002), *Geografía política*, Ed. Trama.
- Williams, J. C. (2016), «Why so Many People don't get About the US Working Class», *Harvard Business Review*, 10 de noviembre.
- Williams, Z. (2016), «Think the north and the poor caused Brexit? Think again», *The Guardian*, 7 de agosto.